AÑO XXI 20 AGOSTO DE 1912 NÚM. 518

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

PALABRAS DE ALIENTO

Nuestro Rdmo. P. Prepósito General nos las comunica y nos anima.

No sólo honrará las páginas de nuestra Revista en el próximo número, que dedicaremos al gran Calasanz, sino que se ha mostrado de nuevo entusiasta amante de nuestra asociación *a la cual* — dice — *tanto debe nuestra Orden por el interés que siempre se ha tomado* per adversas rerum vices *como hija afectuosísima, en todo cuanto pueda dar lustre y decoro a las Escuelas Pías.*

La ACADEMIA CALASANCIA agradece vivamente este testimonio de afecto del Rdmo. P. Viñas, cuyas palabras han de ser poderoso acicate para seguir lealmente el glorioso lema *Piedad y Letras,* estampado por San José de Calasanz, en la bandera gloriosa y santa de su Instituto.

En la Piedad y Letras continuaremos formándonos para ser hombres útiles a la sociedad y defensores de los derechos sacrosantos de la Iglesia.

LA DIRECCIÓN

DOS NOVELAS

EL AÑO 2000. — OPTIMISMO, PESIMISMO O ¿QUÉ?

(Continuación)

No es la escasez de ideas lo que dificulta tratar determinadas cuestiones; muy al contrario, es la abundancia lo que perjudica y embaraza la tarea.

Mil y mil ideas acuden a veces, se atropellan en cierta manera, piden todas plaza en el intelectual proceso o en la materia de que se trata, ideas afines, complementarias las unas de las otras, diferentes puntos de vista; todo lo cual es un fenómeno muy propio de la inteligencia humana; la que, más bien que por intuiciones, discurre prácticamente componiendo y dividiendo. En cuyo caso, lo ímprobo y lo ingrato y a la vez meritorio del individuo que escribe, consiste en que, agrupadas convenientemente las ideas en series, verdaderos organismos de la inteligencia, síntesis llamadas vulgarmente que iluminan todo el campo del pensamiento y preparan gradualmente su desarrollo, debido todo ello a una labor lenta y previa de no fácil acceso para muchos; después, llegado el momento de verter las ideas, se sepa escoger de entre ellas la más importante, la culminante, la que es madre de las otras, la que arrastra por secreta afinidad a las restantes, y se les haga desfilar una a una en sucesivas apariciones, acompañadasde sus respectivos cor tejos y eslabonadas de tal suerte que concurren a la impresión total que se intenta. ¿No es verdad que esto no es un trabajo fácil? ¿no es verdad que no está al alcance de cualquiera, máxime si cual debiera procurarse siempre, se quiere resulte algo de positivo provecho de lo que se escribe? Por esto nosotros mismos que escribimos, casi, casi temblamos al hacerlo. Constantemente recordamos unas notables palabras del Conde de Maistre, quien al referirse lo mismo a las ideas de conjunto que a cada una de ellas, dijo «para comprender una idea, es necesario comprender más de mil».

Y sube de punto la dificultad intrínseca de que venimos haciendo mérito, si las cuestiones o materias que se tratan, son las pertenecientes al hombre considerado desde el punto de vista moral. Y la razón es obvia. Son las más complejas, por ser su sujeto, el alma, la entidad de más numerosos pliegues y repliegues que se conoce; son las que están más expuestas a un asalto, a una contradicción, a una disputa, a consecuencia del espíritu de oposición que comúnmente anima al hombre en todo y particularmente en lo moral, achaque que ya hicimos notar recientemente en la serie de los presentes artículos; y, finalmente, son los que menos admiten la futilidad, la ligereza, a causa de que de entre todos los estudios que pueden interesar al hombre, el de mayor trascendencia y también el de mayor provecho

es el que tiene por objeto al hombre mismo. «¿De qué le aprovechará al hombre — dice el Divino Maestro — ganar todo el mundo, si pierde su alma?». Las cuales palabras no sólo se han de entender taxativamente en orden a la *vida eterna,* cuya adquisición directa e inmediatamente intentara Jesucristo producir entre los hombres, sino en cuanto a otra cualquiera cuestión que afecte a la moralidad, por las conexiones íntimas y de todo punto inseparables que existen entre la moral y la vida religiosa, extendiéndose por tanto dichas conexiones con esa gran finalidad que se llama *vida eterna.* La palabra de Jesucristo es a manera de un relámpago en el firmamento, lo ilumina todo, o mejor, es palabra de altísima sabiduría que dice siempre muchísimo más de lo que suena la letra. Es el único que ha podido decir con entera verdad «mis palabras espíritu y vida son».

En estas condiciones que rápidamente acabamos de ponderar tocante a las dificultades intrínsecas y extrínsecas con que se suele tropezar tratándose de asuntos del orden moral, ¿qué hacer el que tales asuntos debate, si no lo que venimos haciendo con constancia, con invariabilidad de criterio; esto es, refiriéndonos constantemente a enseñanzas superiores? Sólo así se alcanza o alcanzarse puede que la palabra, la palabra que dicha por un hombre casi siempre significa muy poca cosa, quede, no se la lleve el viento, permanezca, contenga la verdad de siempre, sin incoherencias, sin contradicciones que con facilidad suma se deslizan acá y acullá, contradicciones que a la postre perjudican más de lo que parece a una buena causa, y tanto más redundan en su perjuicio cuanto más noble y elevada sea la causa. El humano juicio es de suyo débil, más frágil y débil que aquello que por antonomasia se llama frágil y débil, la *carne,* y por esto mismo debe apoyarse, no obstante su virtualidad intrínseca, en soportes cuya base de sustentación esté fuera del individuo. Porque la verdad es que en lo relativo a asuntos morales, ni más ni menos que en lo relativo a la Religión «el fundamento está echado, y no hay otro». Y ¡cosa muy digna de ser notada! nosotros, que con ocasión de la crítica de una Novela, pero a ello precisados por la índole de la misma Novela, nos hemos ido a fondo en la investigación de la naturaleza humana a fin de encontrar allí sus principios constitutivos y con ellos la ruta, el camino, los secretos senderos que conducen al hombre a su perfeccionamiento moral, nos hemos encontrado apoyados a cada paso en el fundamento que nos prestaban enseñanzas superiores, primero las divinas, y luego las que en las cumbres de la inteligencia mejor han condensado en luminosas fórmulas los ecos de estas mismas enseñanzas divinas. Y es que la Religión cristiana no se opone, no contradice a la naturaleza humana, no es inhumana, como ha dicho algún bárbaro, antes bien es lo que dijo el célebre Tertuliano «el alma humana da testimonio naturalmente de la Religión cr istiana».

Pero vayamos a nuestro objeto.

La ley del perfeccionamiento humano, la única, la inviolable, la que debe tenerse constantemente a la vista, la expusimos en artículos

anteriores; *es cultivar la semejanza de Dios*. El amor que reside en nuestra voluntad, ya es una semejanza de Dios; pero por sí sola vaga, imprecisa, indeterminada, múltiple, como múltiples son los objetos a que puede extenderse: sólo cuando se concreta en Dios y en El se fija, subordinando la multiplicidad de las cosas a este supremo ejercicio de la voluntad, a esta unidad de fondo que cabe en nosotros cultivar, entonces nos parecemos verdaderamente a Dios y nos comunicamos con El por medio de lo más sublime que poseemos, el *amor*. Y en cuanto a la inteligencia que es en donde reside originariamente, *præcipue* según dijimos y nos enseña Sto. Tomás de Aquino, nuestra semejanza de Dios, es concreta, determinada de suyo, independiente de nuestro querer; pero así y todo cabe en nosotros perfeccionarla, y no precisamente por la adquisición de un gran cúmulo de conocimientos, lo que es lo de menos delante de Dios, sino elevando la inteligencia y concentrándola en la contemplación de las grandezas y perfecciones de Dios, desde cuyas alturas, dominando las razones eternas, se vuelve a contemplar todas las cosas diseminadas, desperdigadas por los ámbitos de la creación, con una visión muy diferente de la que se tuviera antes. A esto se llama en lenguaje cristiano *sabiduría,* la *verdadera sabiduría,* la que pidiera el rey Salomón y por la que han suspirado todos los Santos, sabiduría de sucesos y cosas. Entonces, una vez realzada de este modo la criatura, conocimiento y amor se encuentran a igual altura, son dignos el uno del otro, se complementan mutuamente, y se goza de una paz, de una quietud, anunciadora antesala de las dulzuras de la *visión beatífica* en la Gloria. O el perfeccionamiento humano es una palabra vana, sin sentido, o es esto, que nos asemejamos a Dios más y más cada día, para lo cual se nos diera la semejanza de Dios en principio. Sin este principio sería absolutamente imposible nuestro perfeccionamiento.

Ahora redúzcanse todas estas ideas a otra forma, forma más comprensiva y que virtualmente las contiene todas. Dios es el gran Espíritu, y la inmarcesible semejanza que de Sí mismo plúgole imprimir en el hombre, base, fundamento y sujeto a la vez de todas las otras semejanzas, fué ésta precisamente, el que se le pareciese en el espíritu. Y se le parecía efectivamente allá en los orígenes del mundo, pues en el estado en que Dios le colocara y adornado con todas las munificencias que sobre él derramara, todo en él era una harmonía, todo en él hallábase en orden perfecto, su inteligencia, allegada a la de Dios, era la que imperaba, su voluntad dócilmente la servía, su cuerpo era radiante manifestación de su alma, *era el hombre espíritu, hasta en su propia carne,* dice el gran S. Agustín. Sobrevenido el pecado—continúa diciendo S. Agustín—*tornóse carne hasta en su espíritu*. No puede decirse con menos palabras lo que fuimos, no pueden indicarse, señalarse, de una manera más breve las alturas de que caímos despeñados a consecuencia del pecado, esa honda perturbación que se llama pecado, apartamiento de Dios y conversión a las criaturas, quinta esencia de todo pecado, según

enseñan a una todos los Teólogos, y con ellos todos los místicos, los llamados maestros de la vida espiritual. Todo cuanto acabamos de decir y decirse puede referente a la primitiva caída del hombre y a sus tristes consecuencias, será un enigma, un misterio, todo lo que se quiera; pero si ello no fuese cierto, ¡ah! una cosa resultaría, medítenlo bien los hombres pensadores, serían incomprensibles y de todo punto inexplicables nuestras actuales aspiraciones superiores, con más el indecible descontento que se sigue cnando no las realizamos.

Actualmente nos hallamos en una situación singularísima; marcados con las inextinguibles señales de nuestra caída y agitados continuamente por nuestras aspiraciones superiores, nos hallamos como quien dice en el caso de que se ha de recobrar el *Paraíso perdido*. ¿Qué decimos *como quien dice*? Es la verdad exacta, pura, innegable. ¿Qué es lo que perdimos por el pecado? ¿no fué el predominio del espíritu, aquel concierto íntimo del hombre consigo mismo, concierto espléndido, majestuoso, inefable, en que todo estaba reducido al orden, lo inferior sujeto a lo superior, la *turba multa* de los fenómenos que se verifican en el alma, obediente a la indiscutible voz de la razón, al igual que ésta hallábase del todo sujeta a la razón y a la voluntad Divinas?

Este es el verdadero Paraíso que perdimos, más que la materialidad de un lugar determinado de la tierra sobre lo cual pueden disputar y efectivamente han disputado los hombres; y este es el Paraíso a cuya reconquista hemos de marchar de continuo los hombres con nuestros esfuerzos, cual viajeros o peregrinos que en su camino al través del tiempo y del espacio nunca pierden de vista su casa nativa de donde salieran. Para ello poseemos la libertad que se nos diera, colocada entre la bendición y la maldición, entre la vida y la muerte, no siendo dudosa ni por un momento la elección a que venimos dichosamente obligados. Para ello es posible en nosotros el buen uso de la libertad, no precisados, aunque si inclinados, al mal que nos aleja de la bendición y de la vida. Para ello vino Jesucristo a la tierra, haciendo con su sacrificio, con su muerte que allí *donde abundó el pecado, abundará más la gracia*. Para ello, en fin, es asequible para nosotros el ejercicio de la virtud, instrumento poderosísimo y medio único para nuestro levantamiento, y con él obtener nuestras cercanías al Paraíso de que fuimos en mal hora despeñados.

Y ¿calculáis bien eso que llamamos predominio del espíritu? ¿medís todo el alcance de la frase que con tanta frecuencia suena en nuestros oídos; la frase *que hemos de hacernos espirituales de día en día*? Todo se reduce a lo siguiente, y eso sin borrar ni corregir ni una tilde de cuanto llevamos expuesto hasta el presente. En el orden del pensamiento significa que todas nuestras ideas han de ser claras y distintas, verdaderas ideas, y no idealidades como ahora, mezcla confusa de ideas y percepciones sensibles. En el orden moral significa que nuestra voluntad sea dócil y del todo rendida a la ley que en nosotros impera por disposición divina y luego a la otra que en

forma exterior se nos impone así divina como humana. En cuanto a lo que se refiere al mundo sensible, significa que hagamos en esta parte una verdadera inversión de valores, considerando a las criaturas, lo mismo pensando en ellas que usándolas, como a *medios* y no como a *fines* de nuestra actual existencia. Y finalmente, en lo que toca a nuestras relaciones con nuestros semejantes, sin duda las más simpáticas y las más importantes de nuestra vida llamada de exterior relación, significa que por el bien a los mismos prodigado sin quebrantos y sin cansancio y sin fatiga, hagamos de continuo resplandecer entre ellos la gloria de Dios, no nuestra propia glo.ia, fijo, más que fijo, enclavado por así decirlo nuestro pensamiento noche y día en ese supremo fin de cuanto existe y tiene vida. ¿No fué el espíritu lo que perdimos? pues el espíritu es lo que hemos de recobrar, y con creces, después de la Obra magna realizada por Jesucristo. «Dios es espíritu, y quien se adhiere a El, con El y por El se hace espíritu» dice con expresión insuperable el apóstol San Pablo.

En esta obra de espiritualización, en la que consiste nuestro perfeccionamiento, ¿hasta qué punto podemos llegar? en primer lugar, ¿es verdad que podemos espiritualizarnos?, y si podemos ¿hay que reconocer algún límite a nuestros alientos, a nuestras esperanzas? ¿podemos o debemos desmayar?

Con lo dicho, planteada queda la cuestión hasta el presente pendiente, la del Optimismo, Pesimismo o ¿qué? cuestión que brevemente vamos a examinar en el individuo y a continuación en el hombre social. Es la cuestión que nos ha sugerido y que efectivamente suscita la Novela *El año 2000*.

JUAN COLOMER, Sch. P.

EL RDMO. P. PEDRO DÍAZ DE SANTA TERESA

(Conclusión)

III

El religioso

La vida religiosa del P. Pedro fué siempre la misma; practicar silenciosamente la regla de San José de Calasanz, conforme a aquella máxima del mismo Santo fundador: el siervo de Cristo sufre con paciencia, habla poco y trabaja mucho por Cristo; máxima que compendia admirablemente la vida del P. Pedro Díaz; sufrimiento, paciencia y trabajo. Otra sentencia dice: si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde, y si quieres ser muy santo, sé muy humilde. Y solamente siguiendo muy de cerca esta virtud, que compendia toda la santidad, según nos enseña el mismo Santo Padre, es posible al religioso consagrar con la constancia y el entusiasmo del P. Pedro los días de toda su vida a la enseñanza en el recinto de la escuela sin

acordarse de que podía brillar en el mundo con fama de sabio, sin hastiarse de la monótona tarea, sin aspirar a honores ni exenciones. De asuntos religiosos hablaba poco, pero practicaba mucho; sermoneaba poco, pero su ejemplo era elocuente y eficaz; es la mejor prueba de vida religiosa, intensa y sincera. Tenía alta idea de San José de Calasanz, a quien profesaba especial devoción, y sus máximas alimentaban su espíritu y eran la norma constante de su vida. La Escuela Pía vivía en su corazón más que en sus labios, que eran elocuentes cuando trataban de asuntos escolapios, o del Santo fundador. Nadie le oyó murmurar, y rara vez juzgaba las acciones de los demás; era tolerante, sencillo y franco; piadoso y respetuoso con todos.

Con gran veneración y respeto, pero sin afectación, celebraba el santo sacrificio de la Misa, empleando veinticinco minutos casi siempre; acudía con mucha puntualidad a la oración pública, aun estando enfermo, y las antiguas y tradicionales prácticas religiosas como el Rosario y la Coronilla satisfacían su espíritu y su devoción más que otras modernas, de que era poco entusiasta. En resumen como religioso no se distinguía por ninguna devoción extraordinaria, ni práctica especial, y si sólo por el exacto cumplimiento de la regla escolapia.

IV

El superior local

De Sanlúcar de Barrameda pasó de Rector al Colegio de Villacarriedo, en la provincia de Santander, mas sin dejar el profesorado, pues continuó explicando las ciencias físicas en dicho Colegio, cuyo gabinete levantó a gran altura, adquiriendo muchos aparatos y mejorando otros él mismo.

Ninguna mudanza se operó en sus costumbres con el nuevo cargo, que sólo le sirvió para ser el primero en el trabajo y en la observancia regular, *llevando sobre sus hombros el peso de las escuelas,* como mandan al superior las Constituciones de la Orden. En dicho colegio, que es el más antiguo centro docente de la provincia, dejó el P. Pedro, como superior y como profesor, imperecedera memoria, así entre sus discípulos como entre sus súbditos, así dentro como fuera, pues con la misma facilidad se hacía respetar y querer en la clase que fuera de ella.

Era un verdadero Padre; más aún, un compañero encargado del cuidado de todos, porque no consentía que con él se hiciera distinción alguna por razón de su cargo. De él se podía decir con verdad que el Superior no es más que «primus inter cequales».

En su rectorado atravesó el colegio una época con la pérdida de nuestras colonias de Cuba y Puerto Rico, que daban a Villacarriedo un gran contingente de colegiales; mas su buena administración, pues era buen economista sin escatimar lo necesario, su crédito y buen gobierno le sostuvieron a la misma altura, y el del colegio de Villacarriedo, tan célebre en toda la montaña, no padeció detrimento, sino que ganó fama, en cuanto centro docente, en la capital y en la provincia. El doctor don José Escalante, director del Instituto de Santander, hacía grandes elogios del P. Pedro Díaz como naturalista, e igual concepto mereció a los demás catedráticos del ilustrado claustro que le conocieron y le trataron.

De Villacarriedo fué trasladado a San Antón de Madrid con el mismo cargo, y en este Real Colegio dió una prueba inequívoca de su amor a los niños pobres creando para ellos exclusivamente la clase especial de comercio práctico o de máquinas, como la llaman los niños. A esta clase pasan los alumnos más aventajados de las escuelas públicas después de terminar la instrucción primaria completa, a aprender mecanografía, taquigrafía, francés, inglés y teneduría de

libros, de modo que al salir de la escuela pueden ganar un jornal en una casa de comercio.

Los resultados admirables de dicha clase, que hoy cuenta con treinta máquinas de escribir y que ha proporcionado colocación a más de mil niños en pocos años, prueban el acierto y talento práctico del P. Pedro... véase sobre este punto el número primero de *Páginas Calasancias* para la organización de dicha clase y las elocuentes estadísticas a que aludimos. El rectorado del P. Díaz fué, por consiguiente, de feliz memoria en la brillante historia del Real Colegio de San Antón; un progreso a beneficio de los niños pobres, que son el patrimonio de la Escuela Pía; un adelanto en los métodos de enseñanza, asunto vital para todos los Colegios; un impulso poderoso, un estímulo grande para la juventud escolapia de aquélla y de otras comunidades. Mas, si de los niños pobres se preocupó tanto en proporcionarles instrucción y medios de vivir, de los ricos se cuidó con paternal esmero procurándoles educación sólida, física, intelectual y moral, que fomentó con todos los medios de que dispone aquel acreditado Colegio.

Desempeñando este cargo el P. Pedro Díaz, falleció en el mismo Colegio el Reverendísimo P. Pedro Gómez, Vicario General, de imperecedera memoria en la Escuela Pía y en las letras hebraico-españolas, y *uno de los pocos sabios que en el mundo han sido.*

Entonces fué nombrado Asistente General por la provincia de Castilla el Padre Díaz, desempeñando ambos cargos con igual acierto hasta el Capítulo General celebrado en Madrid en 1906, en que fué elegido Vicario General de los Colegios de España y América.

V

El Superior General

Al morir en Zaragoza el Rdmo. P. Eduardo Llanas, de feliz memoria, dejó por sucesor al P. Pedro Díaz de Santa Teresa, cargo en que fué confirmado por el Capítulo antes citado. Todas las provincias españolas recibieron con aplauso la acertada elección del Capítulo matritense, porque a juicio de todos había recaído la elección en el sujeto más digno y más apto para tan delicado cargo. Todos concibieron grandes esperanzas, que han visto cumplidas; el fomento de los estudios oficiales, de la enseñanza primaria y superior en todas las provincias y colegios, el entusiasmo despertado en el profesorado joven, ante el ejemplo de un superior que había consagrado todas sus energías al sagrado ministerio escolapio, y que podía ostentar un título oficial ganado en buena lid, ha dado sus frutos en beneficio de la Corporación cuya suerte marcha unida a la de la enseñanza. El P. Pedro podía exigir esfuerzos heroicos, empresas difíciles y hasta sacrificios, siendo ciegamente obedecido, porque disponía de una fuerza de mando, que sin hacer uso de la autoridad se hace obedecer hasta de los díscolos y perezosos.

Digamos pues, algo de su carácter como Superior General.

Alma grande y serena, no le han mareado los puntos altos que empezó a ocupar en la Orden Escolapia desde los días de su juventud. Su genio jovial y abierto a todas las franquezas fraternales, no se convirtió en arrogancia grave e hinchada, cuando se vió en la silla más alta de las Escuelas Pías de España, sino que se hizo más expansivo, porque se tornó más cariñoso. En su corazón y en su inteligencia cupieron todos sus hijos. A todos los conocía, lo mismo a españoles que a americanos; de todos sabía cualidades y detalles y a todos amaba con un amor tan singular, que cada cual pensaba de sí que era el preferido.

Sus visitas canónicas a los muy numerosos colegios de todas las provincias españolas y ultramarinas eran una sorpresa agradable para los visitados. Porque «cuando creían encontrarse con un superior desconocedor de costumbres regionales y hasta de los nombres de los subordinados, se veían halagados por un Padre cariñoso que a todos llamaba por sus nombres y con todos sostenía conversaciones de sus cualidades, de sus defectos y de sus prendas más salientes». Tal es la pintura que del P. Pedro, como Superior General, hace el P. Giménez Campaña en la nota necrológica que publicó *El Correo Español* el día de su fallecimiento. Ese era el secreto de su autoridad, la fuerza de su mando, la vara de su gobierno.

Asistió al Capítulo General Romano del año 1906, llamando la atención de los capitulares por su vasta ilustración, por su carácter expansivo y natural, y más que todo por sus orientaciones en materia de estudios y de enseñanza aceptadas y mandadas llevar a la práctica por dicho Capítulo General. Mucho esperaba todavía del P. Pedro la Escuela Pía, cuando la parca cruel cortó el hilo de su vida, que con verdad podríamos llamar preciosa, porque de lleno estaba consagrada al progreso de la enseñanza, alta y peculiar misión de la Orden Calasancia, y porque aun era relativamente joven, pues sólo tenía 56 años, y tenía los alientos y el entusiasmo de un joven y la esperanza de un padre que ve a sus hijos seguir sus huellas guiados por la estela luminosa de sus ejemplos.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, pues estaba ya muy quebrantada su salud, visitó los colegios de España, Buenos Aires, Chile y Cuba, y al terminar la visita del Colegio de Getafe se agravó la dolencia asmática que padecía, teniendo que resignarse a guardar cama durante varios meses.

Finalmente, una pulmonía complicó su enfermedad, llevándole al sepulcro en pocos días. Acaeció su muerte el 24 de febrero de 1912, después de recibir piadosamente los Santos Sacramentos. Sufrió con paciencia y resignación admirables las incomodidades de su enfermedad, y fué para todos anuncio fatal de su muerte cercana la pérdida del buen humor.

Su muerte ha dejado honda pena en la Corporación y su entierro fué una manifestación de duelo.

R. I. P.

ISIDORO DÍAZ, Sch. P.

¿ME CONOCES?

Con traje de arlequín, en carnavales,
con antifaz la cara recubierta,
deseando saber si alguno acierta
quién es él, por la voz u otras señales,

en la ciudad, por calles principales
va preguntando, sin que el torpe advierta,
que ninguno, aun la gente más experta,
conoce sin careta a sus iguales;

que es el semblante el antifaz del hombre,
y no el cartón con que tapó su cara;
que no es el hombre lo que expresa el nombre;

pues si el nombre a los hombres expresara,
nunca con antifaz, nadie se asombre,
«¿me conoces?» su lengua preguntara.

VICENTE MIELGO, Sch. P.

CARTEL DE TOROS

Las puertas del circo vomitan gentes de caras congestionadas y decires canallas.

Hay en todas ellas un gesto de cansancio que procuran disimular con risas y cantares. El público andaluz, eminentemente típico, no se conforma con salir defraudado de la fiesta para cuyo goce estuvieron trabajando de sol a sol. Las tortuosas calles que conducen de la Plaza a la de San Juan de Dios, se abarrotan de un conjunto de gente pintoresca que llama fuertemente la atención. Los balcones y *cicrios* están llenos de muchachas con claveles prendidos en el ébano de sus cabellos.

Yo observo este cuadro de color con un algo de sentimiento porque todo este público se reunió para ver seis muertes. Hubiera sido preferible para estudiar seis lecciones de Vida, en la misma rueda loca de girar monótono de la Vida.

Ante mí van unos señores que discuten la faena del diestro debutante. Su conversación animada, y que hace presumir flota en ella un recuerdo del Jerez dorado, atrae, y alrededor de ellos se forma un grupo de chulillos de pañuelo rojo al cuello, hombres con grandes sombreros cordobeses y caras tostadas por el sol, que dicen grandes tormentos, y señoritos del más puro señoritismo, que gastan cuellos planchados y jamás supieron ganarse un real.

Luego, cuando se ha ido disipando la nube de gente que invadió cafés y tiendas de montañés, he paseado por una de las calles que conduce a la plaza.

Atardece, y el color rosa de la puesta de sol nimba de giro la calle ahora solitaria. En una esquina luce sus colores un cartel de toros.

Es el mismo que anunció alegrías y orgía de vida días antes, cuando brillaba el sol y los gaditanos se paseaban ante él haciendo comentarios y tachándole de gallardo. Es el mismo que impregnó de olor de sangre el circo y que levantó con vital energía el vocerío de un público loco que sólo ansía que le diviertan, porque en el óvalo de la taquilla le dieron un trozo de papel a cambio de unos discos argentados. Es el cartel que llevó la alegría del oro y la gloria por conquistar al diestro y también es la hoja de papel que en sus dobleces lleva el dolor de las madres y muchas lágrimas de mujer...

Triunfó, llegó a realizarse lo que predijo, y tras la tarde borracha de luz y color, tras la algarabía del momento, tras la gloria del hombre que se gana la vida con la muerte y ve tras aquel cartel la popularidad, el oro, lo que jamás podría hallar entre los cuatro árboles de su pueblo, el cartel agoniza en un rincón del sórdido callejón.

Sus colores enmudecen, nada dicen de triunfos; el halo de tristeza del atardecer le lleva al ocaso. El cartel muere, porque su vida era el relámpago de unas horas...

Yo le miro alumbrado por la luz de gas de un farol urbano; yo pienso que hay muchos trozos de vida que son cual este trozo de papel, y cuando me acerco por ver algo de aquellos colores chillones que la noche hundió en lo ignoto, un golfillo arranca una tira de él, y al destrozar lo que tanto dice, canturrea un cantar canalla...

Pablo Vila San-Juan

Académico de Número

EMPOLI

(Traducció de Macry-Correale)

En la planura verda y perfumada,
de montanyoles al entorn cenyida,
com a gentil y somrisenta fada
al bres del Arno, Empoli està adormida.

Torres esbeltes veu per la collada
y humils vilatges per la vall florida,
extén a Sant Miniato la mirada,
y a Cerreto veu l'ombra d'una vida.

Sagrat es aqueix sol: valent y noble,
aquí el gran Farinata vencé un día,
reivindicant la gloria del seu poble.

Y aquí, hont brillà'l sol de sa victoria,
s'explaya en el recort la fantasía
y l'esperit en ideals de gloria.

Joseph M.ª Garganta

CRÓNICA ESCOLAPIA

De Cataluña

Altos cargos de la Corporación Calasancia.—Con la elevación al Generalato del Rdmo. P. Tomás Viñas han sido elegidos para formar la Congregación Romana los siguientes Rdmos. Padres: Procurador General de la Orden, Muy Rdo. P. José Calasanz Homs; Asistente General de Roma, Muy Rdo. Padre Rafael Cianfrocca; Asistente General de las provincias italianas, excepción de la Romana, Muy Rdo. P. Francisco Gisoldi; Asistente General por la provincia del Norte de Europa (Bohemia, Moravia, Silesia, etc.), Muy Rdo. P. Gerardo Vary, y por las provincias de España y América, el Muy Rdo. P. Ramón Comaplá, de quien damos a continuación una breve noticia biográfica.

Nuestro nuevo Asistente General en Roma. — Ha sido nombrado por el Capítulo, Asistente General de las provincias españolas, con residencia en Roma, el digno y celoso Rector del Real Colegio de la Escuela Pía de Tarrasa, Reverendo P. D. Ramón Comaplá y Casamitjana.

El Rdo. P. Comaplá, que durante su estancia en esta ciudad había conseguido

captarse arraigadas y merecidas simpatías por sus excelentes prendas personales, contribuyendo a la prosperidad de nuestro Colegio, que hoy cuenta muy cerca de setecientos alumnos, es hijo de Olot, cuenta 63 años de edad, y es Licenciado en la Facultad de ciencias.

Durante los largos años de profesorado se ha venido dedicando el P. Comaplá, con verdadera predilección, a la enseñanza de las ciencias naturales, por las que sentía vivo entusiasmo.

Director de los jóvenes Escolapios en el Colegio Central de León demostró sus vastos conocimientos pedagógicos. Rector, por espacio de trece años, del renombrado Colegio de Villanueva y Geltrú, era muy estimado en aquella población, donde la ciudad en masa y el Ayuntamiento le prodigaron una cariñosa despedida al abandonar dicho cargo.

Rector, por espacio de seis años, del Colegio de San Antón Abad de Barcelona, fué nombrado hace cuatro años Rector de este Real Colegio, donde venía enseñando, desde su fundación, las ciencias naturales, conquistándose grandes simpatías entre los alumnos y sus familias.

El día 2 salió de Barcelona para Marsella con objeto de dirigirse a Roma para tomar posesión del alto cargo que acaba de confiársele por sus méritos y por su talento.

Al felicitar calurosamente al Rdo. P. Comaplá por haber alcanzado uno de los más altos puestos de la benemérita institución calasancia, lamentamos de veras su ausencia de esta ciucad, donde ha dejado, durante el tiempo de su Rectorado, gratísimos recuerdos.

LA ACADEMIA CALASANCIA felicita cordialmente a los Rdmos. PP. por la alta distinción con que les ha distinguido la Escuela Pía.

*** El día 10 llegó a esta ciudad el Superior del Colegio de las Escuelas Pías de Lovaina (Bélgica), Rdo. P. D. Jaime Catalá, Sch. P.

El P. Catalá ha dado un cursillo de conferencias sobre importantes temas de Educación en el Pensionado de las Escuelas Pías de Sarriá, a las que han asistido como oyentes, un Padre delegado de cada Colegio de la Provincia de Cataluña y otros que voluntariamente han oído tan interesantes conferencias.

Dada la autoridad que tiene en esta materia y los vastos conocimientos pedagógicos, estas conferencias habrán sido de trascendental interés y de benéficos resultados para los Colegios de las Escuelas Pías de Cataluña.

Al saludar LA ACADEMIA CALASANCIA al Rdo. P. Jaime Catalá, le desea feliz estancia en la ciudad condal, en la que cuenta con tantos amigos y discípulos queridos.

EL CRONISTA

NOTA CURIOSA

UNA CIUDAD ESPAÑOLA EN ORIENTE

Con este título publicó hace ya mucho tiempo D. Saturnino Ximénez en la revista *Mercurio* un artículo, del cual son los siguientes párrafos que publicamos por revestir verdadera curiosidad.

«En Salónica no se habla más que el español, y por no sé que atracción secreta entre los judíos españoles y su vieja patria, las relaciones mercantiles de esta ciudad con España, especialmente con Barcelona, aumentan de día en día. Los españoles nada absolutamente hemos hecho para iniciar ni por fomentar estas relaciones.

La iniciativa emana exclusivamente de Salónica. Mientras nuestros fabricantes y exportadores ignoraban hasta la existencia de este foco comercial, los salonicences iban a España, compraban mercancías y las importaban. Hoy esta importación cuenta ya por algo; pero figura muy parcialmente en la estadística. Casi toda se verifica por vías de Marsella y Génova, y por mediación de comisionistas de ambas ciudades.

A semejanza de los Museos comerciales austriaco, húngaro, alemán, francés e italiano que existen allí, con subvenciones de los respectivos Gobiernos, se ha fundado un Museo Comercial español, que nuestro Gobierno no subvenciona y que se debe simplemente al *patriotismo español* de algunos cuyos predecesores fueron compatriotas nuestros hace quinientos años. Y ahora estos mismos entusiastas hispanófilos van a crear escuelas gratuitas donde perfeccionar y modernizar el lenguaje español arcaico que se habla por allá. El Museo en cuestión no comercia; dedícase simplemente a exponer los muestrarios que se le envían y a facilitar datos sobre España y la América española. Todos sus servicios son gratuitos.

Creo que para muchos será una revelación lo que acabo de manifestar. La ciudad más característica y de más porvenir del imperio otomano es Salónica, poblada por gentes que hablan nuestro idioma, llevan apellidos españoles y designan cada uno de sus templos con el nombre de una ciudad española. Cinco periódicos redactados en español aparecen en Salónica. Griegos, búlgaros y turcos vense aquí obligados a saber, mal o bien, nuestro idioma, si quieren traficar con los que constituyen la inmensa mayoría de la población. En cambio, el sólo pabellón que nunca tremola en este puerto es el de España; aquí no vienen jamás españoles ni para viajar, ni para comercio, ni para estudiar. Yo recomiendo a los industriales de mi país el magnífico mercado que en Salónica se les ofrece.»

BIBLIOGRAFÍA

MUNICIPALIZACIÓN Y NACIONALIZACIÓN DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS, por el muy Hon. *Lord Avebury*, C P. (Sir John Lubbock). Traducción de la tercera edición inglesa por *José Pérez Hervás*.

Las modernas orientaciones hacia una creciente intervención del Estado y de otros poderes secundarios en la administración directa de varios servicios públicos, reservados hasta ahora a empresas particulares, van extendiéndose a diversas naciones y son consideradas por muchos como ideal de progreso político y como el camino más prudente para llegar, sin injusticias ni sacudidas violentas, a una transformación evolutiva del régimen de la propiedad, o cuando menos, para remedio parcial de desórdenes económicos.

Esta obra viene a entrar en noble y razonada polémica con tales orientaciones. No filosofa como Spéncer, ni aun se detiene jamás en discusiones teóricas de principios; sino que acude, para comprobación de la bondad de procedimientos, a sus efectos evidentes en el orden de la vida práctica.

Lord Avebury ha hecho sobre esta materia un trabajo de investigación tan

perspicaz, tan completo y documentado, que, con todo y haber tomado por principal campo de sus observaciones a Inglaterra y sus colonias, ha merecido ser traducida su obra a otras lenguas, y recibida por sus mismos adversarios con el respeto que se merece un contendiente leal y de máxima competencia.

Vemos en Lord Avebury un notable ejemplar de esos insignes políticos ingleses, a la vez hombres de ciencia y activos luchadores, que, atentos siempre a la realidad, amoldan a ella su conducta y actuación inmediata, y de ella se sirven para rectificar apriorismos y comprobar la rectitud de sus principios, logrando así seguridad y lucidez de criterio, empuje firme y constante e influencia positiva en su acción.

Lord Avebury — contra lo que a primera vista pudiera creerse — no es partidario del antiguo individualismo abstencionista del *laissez passer*, sino amigo de una justa y oportuna intervención del Estado en los problemas del presente y del porvenir que la reclamen, o por ella puedan ser benéficamente influídos. Una prueba de ello son varios *bills* presentados por él, con satisfactorio éxito al Parlamento inglés, entre ellos los relativos al ejercicio de la medicina, a la conservación de monumentos históricos, a la reorganización de la enseñanza, a los retiros obreros basados en la mutualidad, a la limitación de las horas de trabajo, a la creación de días feriados para los bancos, a la obligación de asientos en los grandes almacenes, etc. Esto mismo demuestra cuán autorizada es la opinión sostenida en este libro: no nació de preocupaciones o de tendencias cerradas de escuela, sino de convicciones producidas por una experiencia larga y reflexiva.

No tenemos necesidad de largas explicaciones sobre la conveniencia y oportunidad de la traducción castellana de esta obra. Están a la orden del día las cuestiones en ella debatidas. Análogas corrientes van invadiéndonos; generosos espíritus soñadores anhelan realizar sus ideales con una invasión creciente de la administración oficial en las industrias referentes a servicios públicos. Se han intentado ya varios ensayos en este sentido, y se habla de futuros proyectos. Es, pues, de gran utilidad el estudio de este libro, pues hay obligación de asesorarse bien y de no limitarse a vagas especulaciones, cuando se trata de empresas tan ligadas con el bien público, que dañan intereses respetables, y cuyo fracaso tan lamentables consecuencias podría acarrear. Así la experiencia ajena servirá de lección para andar con más cautela y no arriesgarse en aventuras peligrosas. Las estadísticas hablan, y nadie podrá decir que haya en ellas mala fe ni que Lord Avebury las haya *encajonado* violentamente. Si alguien temiere esto, lea el libro, y admirará la plenitud de información y la lealtad absoluta de su autor — Y conste, finalmente, que, al publicar esta traducción castellana, ha sido nuestro único objeto facilitar la noticia de datos interesantísimos a los contendientes de uno y otro bando.

Condiciones materiales. — Un tomo en 4.°, de esmerada impresión, sobre papel igual al del presente prospecto, 3'75 ptas. en rústica y 5 elegantemente encuadernado en tela inglesa con dorados.

Puntos de venta. — En la Casa editorial de Eugenio Subirana, Puertaferrisa, 14, Barcelona, y en las principales librerías de España y América.

LO QUE DEBE SER EL MÚSICO SAGRADO. — Breves consideraciones y reglas prácticas. Comentario al «Motu proprio», por *D. Francisco Esteve, Pbro.* — E. Subirana, editor Pontificio. Puertaferisa, 14, Barcelona.

No podríamos dar una idea más completa y exacta de la obra, que transcribiendo los títulos de sus capítulos y artículos.

Capítulo primero. Principios fundamentales.

Cap. II. El compositor y las composiciones. — Artículo primero. El compositor. — Art. 2.° El compositor según las normas de la Iglesia. — Art. 3.° Otras normas que sugiere la naturaleza misma de la música sagrada.

Cap. III. El cantor. — Art. 1.° El cantor en el coro. — Art. 2.° El cantor en la capilla. — Art. 3.° El cantor en el pueblo.

Cap. IV. El director del canto. — Art. 1.° El director del canto en el coro. —

Art. 2.° El director del canto en la capilla. — Art. 3.° Reglas litúrgicas sobre el canto.

Cap. V. El órgano y el organista. — Art. 1.° El órgano. — Art. 2.° La música de órgano. — Art. 3.° El organista. — Art. 4.° Reglas litúrgicas para el uso del órgano.

Cap. VI. Los demás instrumentos en la Iglesia.

Cap. VII. Medios oportunos para la reforma de la música sagrada. — Artículo 1.° Comisiones Diocesanas. — Art. 2.° La música sagrada en los Seminarios. — Art. 3.° La fundación de Scholae cantorum. — Art. 4.° Escuelas superiores de música sagrada. — Art. 5.° Otros varios medios.

Apéndice primero. Resumen histórico de la legislación eclesiástica sobre música sagrada.

Apéndice II. Bibliografía teórica de la música sacra:

Apéndice III. Motu proprio del 22 de noviembre de 1903.

Hemos oído de labios competentísimos grandes encomios de esta obra. Alguien la ha calificado de definitiva y digna de la alteza del Motu proprio que la inspiró. Sobre éste no se había publicado aún ningún comentario canónico, y, sin embargo, la trascendencia que para la Iglesia ha tenido el movimiento restaurador por él originado, y la dificultad de penetrar en su profundo espíritu religioso y artístico, lo reclamaban a todas luces. Se requería para ello una persona técnica, que poseyera a la vez refinado gusto artístico y sentido práctico. Tales condiciones resplandecen en la presente obrita. Comenta y explica con la debida amplitud todo el articulado del Motu proprio, añade observaciones y reglas de indudable interés para cada uno de los diversos oficios del músico sagrado, señala desviaciones dignas de corrección, y marca sabias orientaciones que, fielmente seguidas, darían toda su extensión e intensidad a la virtud edificadora y renovadora que tan ricamente posee el decreto de Su Santidad Pío X. El extracto del índice manifiestamente indica las personas a quienes este libro interesa, No sólo han de procurárselo los músicos, sino todos los sacerdotes, especialmente los que tienen oficio de coro o han de tomar parte considerable en el canto litúrgico.

Un tomo en 8.°, de 130 páginas, ptas. 1'50 en rústica y 2'50 en tela. — Por correo, 1'60 y 2'60.

EXPOSICIÓN DE LAS RÚBRICAS DEL NUEVO SALTERIO, y cuadros indicadores para facilitar el uso del mismo, por el *Lic. D. José Magaña y Seminario, Pbro.*, Beneficiado, Maestro de Ceremonias de la S. I. Catedral de Pamplona.

Aunque sólo sea permitida, y no obligatoria, durante el presente año, la adopción del nuevo orden del Salterio en el rezo del Oficio divino, ha sido ésta tan general y entusiasta, que ascienden a muchos miles los ejemplares de Salterios despachados en nuestra librería. Sin embargo, como la reforma es bastante complicada, y, a pesar de haberse ya publicado algún gallofín supletorio andan muchos a tientas, hay quien reclamaba una exposición detallada y práctica de las nuevas Rúbricas. A la Casa editorial E. Subirana ha correspondido el honor de publicar el primer libro escrito en castellano acerca de tal materia. Su autor, conocido ya por algunos tratados de Rúbricas muy populares y apreciados de los técnicos por el orden de exposición, claridad y seguridad de criterio, ha desarrollado este nuevo asunto con la misma competencia.

Creemos importantísimo hacer constar que su libro no es un comentario canónico, sino más bien rubriquista (permítase la palabra); esto es, que en su trabajo ha prescindido de toda suerte de erudición histórica y divagaciones teóricas, y se ha propuesto un fin esencialmente práctico, de tal manera, que los sacerdotes puedan, con su libro, aprender fácilmente el manejo acertado del nuevo orden en el rezo y las numerosas modificaciones que en las Rúbricas del Misal ha introducido el mismo Decreto.

Para esto ha dividido su trabajo en tantos capítulos como Títulos tiene el Decreto, anotando con números cada una de sus disposiciones particulares, y

comentándolas después, en párrafos sucesivos, con luminosas amplificaciones que determinan exactamente su significado y extensión, sin olvidar ningún detalle que a la práctica se refiera. Así el lector encuentra sin dificultad alguna la solución de cualquier duda o consulta, a lo cual también ayudan grandemente los numerosos Cuadros indicadores del fin del libro, que desarrollan gráficamente y ponen ante los ojos todo el articulado de las actuales Rúbricas.

Un tomo en 8.°, ptas. 1'50 en rústica y 2'25 en tela. — Por correo, 1'60 y 2'35. Eugenio Subirana, editor pontificio, Puertaferrisa, 14, Barcelona.

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO MEDITADA, por el abate HERBET. Traducida de la 15.ª edición francesa, por *D. Joaquín Rubió y Ors.* — E. Subirana, librero editor pontificio, Puertaferrisa, 14. Barcelona.

Como experto y vigilante buzo sumérgese el abate Herbet en las profundidades de ese Océano de verdades divinas que se llama Imitación de Cristo y descubre a nuestros ojos su inmensidad de riquezas espirituales, y nos declara su sentido, y desentraña su contenido. Y como, por otra parte, este trabajo de explanación ha sido realizado con transparente claridad, con amenidad incansable, con humanísima elegancia, con efusiones de piedad, al mismo tiempo profunda y amable, de ahí que este libro, aun siendo de alta utilidad a los adelantados en el camino de la perfección, lo es especialmente a los incipientes, a quienes va enseñando prácticamente el arte de la meditación, convirtiendo insensiblemente en ella la lectura espiritual. — De que los méritos de este libro son grandes, de que se acomoda a las necesidades espirituales de nuestros tiempos, son una prueba muy elocuente las numerosas ediciones de que ella van repitiéndose así en su lengua original como en castellano. En muchas comunidades religiosas es libro de lectura cotidiana, y son innumerables los fieles para quienes ha venido a resolver las dificultades y asperezas de la práctica de la oración mental. — Dos tomos en 8.°, a ptas. 7'50. Por correo, 7'75.

EJERCITATORIO DE LA VIDA ESPIRITUAL, compuesto por el V. P. *García de Cisneros*, O. S. B., Abad de Montserrat, reproducido conforme a la primera edición por el R. P. *Fausto Curiel*, Monje del mismo Santuario. — Un vol. de 11 ½ × 19 cm., de XXXII + 272 págs. En rústica, ptas. 2; elegantemente encuadernado en tela inglesa, ptas. 3. (Por correo, certificado, ptas. 0'35 más). Luis Gili, editor. Clarís, 82. Barcelona.

En estos tiempos en que tanto y tan ligeramente se escribe, y cuando más cunde la ignorancia de lo concerniente a la vida espiritual, creemos muy del caso la reaparición de esta obra, reputada como tesoro de toda la vida contemplativa, que excusa los demás libros acerca de este asunto, opúsculo áureo, de donde dimana cuanto se halla en los libros ascéticos posteriores.

Tal es el Ejercitatorio de la Vida espiritual del V. P. García de Cisneros, verdadero Manual teórico-práctico de Oración y Meditación, «aptísimo para la discreta y segura dirección de las almas». Los directores de ellas hallarán en él reglas fijas y abundantes para guiar a las que se han puesto en sus manos; las personas privadas, tanto religiosas como seculares, un tesoro riquísimo de verdades que les harán conocer mejor los caminos de la perfección, meditando cotidianamente por tan excelente método hasta llegar a la más íntima unión con Dios nuestro Criador.

Escrito el Ejercitatorio en castellano y en latín, tuvo desde luego grande aceptación, y se hicieron de él numerosas ediciones, habiendo sido también traducido al italiano, francés, inglés, etc. La presente edición reproduce la primitiva española, que hizo el mismo autor en Montserrat el año 1500.

PLÁCIDO

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD. - MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA